

DESPEDIDA A JOSÉ IGNACIO TELLECHEA IDÍGORAS

María Jesús MANCHO

Universidad de Salamanca

El sábado 8 de marzo de este año 2008 fallecía en San Sebastián José Ignacio Tellechea, prototipo de investigador infatigable. Un historiador especializado en el siglo XVI, primordialmente en sus estructuras y estamentos eclesiásticos, cuyos avatares y entresijos conocía directamente gracias al expurgo de miles de documentos —transcritos paciente y profesionalmente de su propia mano—, extraídos de diferentes archivos que visitaba sistemáticamente, entre los cuales el del Santo Oficio en el Vaticano y el de Simancas eran algunos de sus preferidos, por conocer no sólo sus recovecos, sino también a las personas que los gestionaban e, incluso, a muchos de los que los frecuentaban por motivos académicos o científicos.

Su producción escrita alcanza más de cien libros, de diferentes temas, objetivos y extensión, y un sinfín de trabajos y artículos —numerosos también los de prensa—, incluida una autobiografía titulada *Tapices de la memoria*¹, redactada, con formato y planteamiento históricos, al calor de la reviviscencia de una crisis personal causada por una terrible enfermedad que le retuvo internado en una UVI hospitalaria —*Historia clínica 279.952* es su subtítulo— durante un prolongado período de tiempo, que, sin embargo, fue capaz de superar.

Catedrático de Historia de la Iglesia en la Universidad Pontificia de Salamanca, miembro de número de la Real Academia de la Historia, discípulo de Gregorio Marañón y de Pedro Sáinz Rodríguez, amigo de Bataillon y Menéndez Pidal, sin duda la huella más honda y el legado más fecundo que deja a los estudiosos de la historia tiene que ver con la meta apasionada que persiguió durante toda su vida profesional —50 años, al menos—: la aclaración de los hechos y circunstancias relacionados con el Proceso del Arzobispo de Toledo, Fray Bartolomé de Carranza. Los datos desconocidos e inéditos que sacó a la luz para comunicarlos y ponerlos a disposición de los interesados, que, además, personalmente le proporcionaban

1. San Sebastián, Caja Guipuzkoa, 1991.

íntimo gozo intelectual, son innumerables y contribuirán a un enriquecimiento de la Historia de este complejo período del Quinientos español.

En una de sus últimas obras sobre este tema, *Fray Bartolomé Carranza de Miranda (Investigaciones históricas)*², dedicado a la Villa de Miranda de Arga, cuna natal del Arzobispo, y publicado en conmemoración de su nacimiento en 1503, ofrece una bibliografía que comprende 149 referencias suyas relacionadas con este dramático personaje, reunidas y ordenadas cronológicamente por el propio Tellechea, la última de las cuales, titulada «Españoles en Lovaina, en 1557», constituyó un capítulo de una obra colectiva realizada con ocasión de un curso celebrado en la Fundación Duques de Soria y centrada en los intercambios entre España y Flandes en el Siglo de Oro³. En el prólogo a este libro dedicado al Arzobispo navarro, afirmaba:

El 6 de marzo de 2002 se han cumplido cincuenta años del día en que por primera vez tuve ante mis ojos preciosos manuscritos de Carranza conservados en la Biblioteca Vallecclana de Roma, hoy estatal, pero antiguamente propiedad de los oratorianos de San Felipe Neri. No sabría decir si fue fecha memorable de «flechazo» o noviazgo, o de formal matrimonio. Ciertamente entonces concebí la idea de dar a conocer aquel tesoro inédito, de rescatar a Carranza del injusto olvido, cuando no de las sombras que pesan sobre su nombre⁴.

Pero como todo proyecto de investigación fuerte, este núcleo se expandía en diferentes líneas de proyección que afectaban a toda la sociedad del xvi, desde los altos estamentos, encabezados por la monarquía⁵, hasta la capas más populares, tanto en relación con acontecimientos⁶, temas o cuestiones religiosas o eclesíásticas de la época⁷, como con personajes de especial trascendencia en la historia de estos precisos momentos⁸, calificados de «tiempos recios»⁹, que le atraían

2. Publicaciones del Gobierno de Navarra, Institución Príncipe de Viana, 2002.

3. Werner Thomas y Robert Verdonk (eds.), *Encuentros en Flandes*, Leuven, Universitaire Pers Leuven, 2001, pp. 133-155.

4. Op. cit., en n. 2, pp. 15-16.

5. Véanse, simplemente como ejemplos, José Ignacio Tellechea, *Felipe II y el Papado, Tomo II (1572-1598)*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2006; «La mesa de Felipe II», *Ciudad de Dios*, 218, 1 (2005), pp. 81-154; 219,3, 2006, pp. 745-763.

6. Véase, como ejemplo, José Ignacio Tellechea, *Otra cara de la Invencible. La participación vasca*, Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones, 1988.

7. Por sus implicaciones, mencionamos la edición de la *Controversia sobre la necesaria residencia personal de los obispos*, de Fray Bartolomé Carranza de Miranda. Introducción, primera versión castellana, notas y edición facsímil del texto *princeps* latino por José Ignacio Tellechea. Madrid, Fundación Universitaria Española- Universidad Pontificia de Salamanca, 1994.

8. Véase, como ejemplo, José Ignacio Tellechea, *Hernán Pérez de Yarza, alcaide de Behobia. Las Comunidades y la guerra de Navarra (1520-1521)*. (Documentos inéditos), San Sebastián, Sociedad Guipuzcoana de Ediciones y Publicaciones, 1979.

9. José Ignacio Tellechea, *Tiempos recios: inquisición y heterodoxias*, Madrid, Ediciones Sígueme, 1977.

irremisiblemente. Incluso, su actividad alcanzó a individuos desclasados socialmente, como Doña Catalina de Erauso —la monja alférez—, otro personaje peculiar que provocó su curiosidad intelectual¹⁰.

Su interés por los escritores espirituales de esta crucial época le llevó a dirigir la Colección «Espirituales Españoles» de la Fundación Universitaria Española, como heredero del espíritu de Sáinz Rodríguez, en la que aparecieron impresas numerosas obras de los principales representantes de este registro¹¹, con especial relevancia de los místicos, así como abundantes estudios monográficos. En reconocimiento de esta dedicación, mantenida con tesón y prolongada durante toda su vida, recibió el premio Teresa de Ávila en el año 2004, conseguido *ex-aequo* con Juan Gelman.

De entre todos los autores áureos revisados, destacamos su innegable predilección por Ignacio de Loyola, que se concretó en la redacción de una biografía presentada no sólo a través de los datos, sino del *pathos*¹², que indujo a pensar a muchos en la pertenencia de José Ignacio Tellechea a la Compañía de Jesús y que ha sido traducida a más de siete idiomas. San Francisco Javier sería también otra personalidad que reclamó una no pequeña porción de tiempo a este incansable removedor de los acontecimientos de la historia¹³. Otra figura a la que dedicó mucho esfuerzo —había un algo quijotesco en la actividad investigadora de este vasco por *desfazer* entuertos históricos— fue Miguel de Molinos¹⁴:

Un hombre llama a la puerta. No le pregunto si es hereje. Es un hombre que quiere contarme su verdad, una verdad desconocida o desfigurada. No me pregunta siquiera si esa verdad interesa *boy* o *aquí*. A mí me interesa su verdad, como me interesa la verdad de tantos otros: la de fray Juan de la Cruz, la de Teresa de Jesús, la de Agustín de Hipona, la de Tomás Moro, Savonarola, Lutero, Ignacio de Loyola, Calvino, Erasmo, Lacordaire o Newman. Enumerarlos no es clasificarlos o compararlos. Aunque lo fuese, no significa nada; porque me interesa la verdad íntima del más infimo y oculto de los hombres, del pecador o del santo, del ensalzado o del perseguido. Esta vez el que llamaba a mi puerta era el aragonés Miguel de Molinos¹⁵.

10. José Ignacio Tellechea, *La monja alférez. Dña. Catalina de Erauso*, San Sebastián, Publicaciones de Kutxa-Caja Guipuzkoa, 2003.

11. Como mero ejemplo, reseñamos la edición de la *Instrucción de la mujer cristiana* de Juan Luis Vives. Traducción de Juan Justiniano. Introducción, revisión y anotación de Elizabeth Teresa Howe, Madrid, Fundación Universitaria Española-Universidad Pontificia de Salamanca, 1995.

12. José Ignacio Tellechea, *Ignacio de Loyola, solo y a pie*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 1986.

13. José Ignacio Tellechea, *Los sueños de Francisco de Javier*, Madrid, Ediciones Sígueme, 2006.

14. José Ignacio Tellechea, *El proceso del Doctor Miguel de Molinos*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2007.

15. José Ignacio Tellechea, *Molinosisana. Investigaciones históricas sobre Miguel Molinos*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1987, p. 66.

Tellechea editó su obra¹⁶ y publicó diversos trabajos y monografías centrados en su estudio y revalorización:

Mientras plumas de última hora parecen interesadas en enquistarlo [a Miguel de Molinos] en la cuadrícula de la más rabiosa heterodoxia, no deja de ser paradójico que dos sacerdotes católicos —el carmelita padre Eulogio Pacho y el que os habla— intentemos poner seriamente en duda la supuesta herejía de este libro [*Guía espiritual*] de extraña suerte, que hace exactamente trescientos años apareciera en Roma, por obra, y para desgracia, de un aragonés, el doctor Miguel Molinos¹⁷.

En el filo de la navaja entre ortodoxia y heterodoxias teológicas¹⁸, es preciso poner de relieve su atención a los protestantes, presuntos o declarados, como Juan de Valdés, cuyas *Ciento diez divinas consideraciones*¹⁹ sacó a la luz, o *Doña Marina de Guevara, monja cisterciense ¿luterana?*²⁰, que provocó la edición y estudio de un proceso inquisitorial sobre un convento vallisoletano del xvi afectado por la expansión de esta doctrina, dedicado a Miguel Delibes, en tanto que autor de *El hereje*. La disidencia religiosa²¹, su surgimiento y penetración en la península durante el reinado de Felipe II, sus características, periodización, producción literaria y detección de los principales *loci* teológicos y bíblicos así como de los representantes más conspicuos, fueron objeto de su penetrante análisis. De hecho, su participación en un congreso sobre Corrientes espirituales en el siglo xvi, centrada en diversas manifestaciones de este movimiento,²² constituyó el arranque de una entrañable amistad personal que perduraría hasta el final.

El manejo directo de los textos —documentación en la que él sabía percibir los latidos de una compleja sociedad— le llevó a «toparse» con la lengua en que

16. José Ignacio Tellechea, *«Guía espiritual» de Miguel de Molinos. Introducción y edición crítica*. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1976.

17. José Ignacio Tellechea, *Moliniana. Investigaciones históricas sobre Miguel Molinos*, p. 85.

18. José Ignacio Tellechea, «La mística de San Juan de la Cruz y las heterodoxias: mística, alumbrados y quietistas», *Actas del Congreso Internacional Sanjuanista*, II, Junta de Castilla y León, 1993, pp. 347-369.

19. José Ignacio Tellechea, *Las ciento diez divinas consideraciones de Juan de Valdés. Recensión inédita del manuscrito de Juan Sánchez (1558)*, Salamanca, Universidad, 1975. Tellechea adscribe sin ambages al autor del *Diálogo de la lengua* a este movimiento, frente a interpretaciones que le aproximan a los erasmistas (Bataillon) o a los alumbrados (J.C. Nieto), y su influjo lo rastrea también en otras obras, como el *Tratado del utilísimo beneficio de Cristo* y el *Alfabeto cristiano*.

20. *Edición y comentario de un proceso inquisitorial*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2004.

21. José Ignacio Tellechea, «El protestantismo castellano (1558-1559): un “topos” (M. Bataillon) convertido en “tópico” historiográfico», en M. Revuelta Sañudo y C. Morón Arroyo (eds.), *El erasmismo en España*, Santander, Sociedad Menéndez Pelayo, 1986, pp. 306-322.

22. El congreso, celebrado en la primavera de 1987, llevó por título: *Corrientes espirituales del siglo XVI y su repercusión lingüística*. La intervención de José Ignacio Tellechea se titulaba: «El protestantismo castellano (Introducción a una lectura de textos)». Véase M^a. J. Mancho (ed.), *En torno a la mística*, Salamanca, Ed. Universidad, 1989, pp. 65-76.

estaban escritos, unas veces el latín —más de una vez le oí lamentarse de la dificultad que acarreaba el desconocimiento de la lengua del Lacio por parte de jóvenes historiadores para la interpretación de los documentos en una época en la que, por ejemplo, tanto la diplomacia eclesiástica como la laica utilizaban este vehículo de comunicación-, y otras muchas el castellano, ambas herramientas lingüísticas dominadas con destreza y conocimiento inusuales, como han puesto de manifiesto las precisas interpretaciones de tantos legajos inquisitoriales exhumados:

Lenguaje, maneras de hablar, lenguaje de San Pablo y de los santos, lenguaje hurtado del Evangelio, principios de fe y derivaciones; huir de algunas maneras de hablar, huir de todas las maneras de hablar de los luteranos; no huir de algunas expresiones, aunque parezcan luteranas, sin serlo. La verdad y propiedad del lenguaje, el lenguaje bíblico y el modo de entenderlo, la tentación de condenar por luteranas expresiones bíblicas, etc... Toda una gama de problemas vivos del lenguaje... La ambigüedad no provenía solamente del uso de la materialidad de las palabras o expresiones, sino de la intencionalidad de quien las profería, o de quien las interpretaba. Se podía ser intencionadamente equívoco o ambiguo para ponerse a salvo de complicaciones. Se podía utilizar, de palabra o en escritos, claves para iniciados²³.

Este fue el punto de encuentro con la filología que se desarrollaba en la Universidad de Salamanca²⁴. Que el castellano del XVI no encerraba secretos para José Ignacio lo testimonia, asimismo y paladinamente, su edición de las *Confesiones* de San Agustín, según la primera versión realizada por Sebastián Toscano en 1554, en la que confiesa «podemos leer en voz alta y saboreándolo el lenguaje que resonó en los oídos de Santa Teresa»²⁵, y el lector puede «embeberse de la forma literaria que le diera Toscano»²⁶, o su edición del *Léxico de la «Guía espiritua» de Miguel de Molinos*²⁷, donde se plantea cuestiones que atañen a lo que hoy consideraríamos grafemática y metalexícografía históricas.

Tampoco el castellano actual ofrecía ninguna resistencia a Tellechea para reflejar con ductilidad y precisión su pensamiento, tanto en su expresión oral, de gran brillantez y atractivo en sus manifestaciones como conferenciante, como en la redacción de miles de páginas de sus propias obras, efectuada con atractiva facilidad y con la innegable evidencia del placer de y por la escritura.

Su interés por Unamuno entronca con esa especie de fascinación que ejercían en él los personajes difíciles de encasillar en cómodos compartimentos culturales, situados muchos en los linderos de la ortodoxia confesional, pero con innegable fuerza y espesor de pensamiento, espiritualidad compleja y dramática

23. José Ignacio Tellechea, «El protestantismo castellano (Introducción a una lectura de textos)», p. 75.

24. En su conferencia sobre el protestantismo castellano en el mencionado congreso, José Ignacio Tellechea, dedicó dos apartados a «Problemas lexicológicos» y a «Problemas de lenguaje».

25. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1996, p. xxi.

26. *Idem*, p. xxii.

27. Madrid, Fundación Universitaria Española-Universidad Pontificia de Salamanca, 1991.

y sensibilidad adelgazada. Menos aún, dada su pertenencia a la Eusko Ikaskuntza, podía sustraerse al empuje de esa atracción si eran vascos o navarros y, mucho menos todavía, si sobre ellos existía una rica documentación, organizada archivísticamente, que esperara la mano de nieve dispuesta a sacarlos a la luz, organizarlos temáticamente y desentrañarlos hermenéuticamente. Estas condiciones, como filamentos de otro tapiz personal, se entrecruzaban para trazar con vigorosos e irresistibles rasgos el perfil imponente y señero «del gran vasco salmantinizado»²⁸.

En efecto, en sus visitas *ad limina salmanticensia*, la Casa-Museo Miguel de Unamuno se convirtió en sede cordial de sus pesquisas durante sus repetidas estancias en la ciudad renacentista. Su presencia, no por esperable menos esperada, era obligada como un rito renovado, y, sin embargo, sincero, para saludar periódicamente a Ana, su Directora, a quien profesaba afectuosa amistad, volver a encontrarse con los investigadores habituales o foráneos que realizaban su labor en este centro, intercambiar datos y noticias —entre los que nunca faltaba la ofrenda anual de su propia cosecha, en forma de libros y publicaciones— y actualizar su asidua colaboración en los *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno* o en otras publicaciones de ámbito salmantino o nacional.

Dada su formación histórica y su preparación y habilidad en el expurgo directo de las fuentes, su actividad se volcó en el epistolario con la finalidad de recomponer la biografía unamuniana mediante facetas parciales, proporcionadas por las diversas orientaciones y testimonios extraídos y deducidos de las cartas de distintos personajes. Por tanto, a partir del mapa de las relaciones personales, el objetivo era extraer e interpretar los datos que pudieran arrojar alguna luz para una mejor comprensión de la personalidad y mundo interior de D. Miguel, de la proyección de su figura en el ámbito cultural internacional y de la recepción de su obra: «barruntar el eco de Unamuno en otros espíritus, seguir la resonancia de su magisterio, detectar las vibraciones espirituales comunicadas, en suma, verificar su irradiación espiritual»²⁹.

Naturalmente, en el vasto universo de la correspondencia unamuniana, José Ignacio Tellechea se vio obligado a establecer límites y efectuar una selección de destinatarios, y no sólo por conocer de primera mano la actividad de otros investigadores en este campo. Es posible, al menos en una primera aproximación, distinguir tres grupos que fueron objeto de su atención preferente: personajes vascos, de variada procedencia social y trascendencia cultural, en particular, pintores vascos; filósofos y pensadores; y, finalmente, poetas, españoles y, también, de manera muy marcada, hispanoamericanos. En definitiva, representantes del pensamiento, de la cultura, del arte y de la poesía.

28. José Ignacio Tellechea, (ed.), *Desde nuestras sendas soledades. Amado Nervo y Unamuno. Epistolario*, Salamanca, Servicio de Publicaciones de la Universidad Pontificia, 2000, p.11.

29. José Ignacio Tellechea, *Unamuno y los poetas*, Salamanca, Universidad Pontificia de Salamanca, 1994, p. 15.

En cuanto a los primeros, aunque hay testimonios de lazos familiares o de amistad³⁰, como los de su primo Telesforo Aránzadi³¹, la elección está motivada, preferentemente, por su pertenencia al ámbito cultural del País Vasco³². Así, por ejemplo, Emiliano de Arriaga (1844-1919), músico y escritor, autor de un *Lexicón etimológico, naturalista y popular del Bilbaino neto, compilado por un chimbo*, reeditado por Luis Michelena en 1960; o su hijo José E. de Arriaga (1872-1957), con el que intercambia hipótesis sobre el topónimo *Arrigorriaga*, o *Euzkadi*. O Fermín Herrán Tejada (1853-1908), fundador de varias revistas, como la *Revista de las Provincias Eúskaras*, que solicita la colaboración de Unamuno y le da consejos como editor. O Carmelo Echegaray, cronista de las *Provincias Vascongadas*, gran publicista de numerosos libros y artículos históricos. Así, pues, «un puñado de cartas nos descubre el eco de Unamuno en Bilbao, relaciones de amistad y simpatía y leves fragmentos de su grande y compleja biografía»³³.

También están incluidos representantes menos conocidos de la Generación del 98, como Francisco Grandmontagne³⁴ o José María Salaverría³⁵. Muchos de ellos se sumarán a un movimiento de protesta con ocasión de la destitución de Unamuno como Rector de la Universidad de Salamanca, apoyándole y animándole. En alguna ocasión precisa, la edición de las epístolas constituye una contribución de Tellechea al cincuentenario de la muerte de D. Miguel de Unamuno, que se agrega a las conmemoraciones que se produjeron en Salamanca. Destaca el conjunto de «diecinueve

30. Véase, por ejemplo, «José María García Galdácano. Un sacerdote bilbaino, amigo de juventud de Unamuno», en José Ignacio Tellechea, *El eco de Unamuno*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1996, pp. 39-45. Asimismo, «El capuchino P. José María de Elizondo y Miguel de Unamuno», *Ibidem*, pp. 191-199. Pero, aun así, la vertiente cultural, junto a la espiritual o religiosa, nunca están ausentes.

31. José Ignacio Tellechea, «Cartas a Miguel de Unamuno de Telésforo de Aránzadi, Resurrección María de Azkue, Justo Gárate y Ángel Apraiz», *Revista Internacional de Estudios Vascos*, XXXII,2, (1987) 317-362.

32. José Ignacio Tellechea, «Cartas a Unamuno de Emiliano y José E. de Arriaga, Fermín Herrán y Carmelo de Echegaray», *Revista Internacional de los Estudios Vascos*, año 40, Tomo XXXVII, nº1 (1992) pp. 241-273.

33. José Ignacio Tellechea, «Cartas a Unamuno de Emiliano y José E. de Arriaga, Fermín Herrán y Carmelo de Echegaray», p. 57.

34. José Ignacio Tellechea, *El vasco Francisco Grandmontagne. Sus cartas a Miguel de Unamuno*, San Sebastián, Kutxa, 1990. Antes de cumplir la veintena, Grandmontagne se instaló en Buenos Aires, donde fundó la revista *La Vasconia*, dedicada a la colonia vasca en la República Argentina y que dirigió durante nueve años. Autor de varias novelas, en 1902 regresó a España, desde donde siguió colaborando asiduamente en periódicos como *La Nación*, *Caras y Caretas* y *El Tiempo*.

35. José Ignacio Tellechea, *Unamuno y Salaverría. Epistolario (1904-1935)*, San Sebastián, Kutxa, 1995. Se trata de un escritor de personalidad controvertida, adscrito también a esta Generación literaria y que mantuvo unas peculiares relaciones de afecto-desafección —lindantes con el enfrentamiento— hacia el Rector salmantino. Las cartas de Unamuno a Salaverría fueron editadas por Laureano Robles. Tellechea las junta a las de Salaverría a Unamuno, conservadas en la Casa-Museo, para conformar «un todo más inteligible y de todo punto interesante para ahondar en la relación de los dos escritores vascos» (*idem*, p. 3) y, finalmente, les añade las pertinentes glosas explicativas a pie de página.

piezas de D. Ángel Apraiz, eminente vitoriano, catedrático de la Literatura y de las Artes en Salamanca (1911) y en Barcelona (1913), organizador del I Congreso de Estudios Vascos y Secretario de la Sociedad de Estudios Vascos³⁶, así como el florilegio del gran poeta vasco en lengua castellana, Ramón de Basterra³⁷.

En cualquier caso, la curiosidad intelectual de José Ignacio le impulsa a conocer más a fondo a los interlocutores vascos del Rector salmantino:

Yo no conocí a Ramón... No, no le conocí ni le he conocido después hasta justamente el momento en que tuve en mis manos un puñado de cartas tuyas dirigidas a Unamuno, cartas deliciosas e íntimas que nos desvelan su alma y que abarcan un largo período de su demasiado corta vida. Sus cartas me han llevado a conocer su obra, a leer las monografías de Díaz Plaja y de Areal³⁸.

Incluso, indaga en las relaciones con otros conocidos y amigos vascos, a la busca de posibles vínculos personales:

Alguna vez he buscado a quien llegó a conocer a Ramón de Basterra. En sus labios afloraba una sonrisa benevolente. Y frase de delicada conmiseración «el pobre Basterra» [...] Hace pocos días, ocasionalmente, hablaba en Loyola con mi antiguo profesor, el P. Ricardo García Villoslada acerca de mi propósito de editar las cartas de Basterra. El anciano jesuita se enardeció hablando de él: «Lo conocí en Caracas, cuando yo estuve de maestrillo [...] Era un hombre débil, entusiasta, pero fundamentalmente bueno³⁹».

El que se consideraba a sí mismo «ciudadano libre de la República de las Letras»⁴⁰, se esfuerza por datar las cartas, en ocasiones redactadas sin fecha, e incluso modificar la datación provisional:

Harto trabajo me ha costado el asignarles esa adición cronológica que las hace inteligibles y hasta más estimables [...] Ha sido preciso fijarse en detalles nimios para fijar su fecha y pasar a las primeras páginas del libro las que ocupaban el último lugar en el archivo. Ahora van en su orden cronológico y al final llevan el nº de archivo roto su orden- que permite su localización actual⁴¹.

El rigor metodológico le lleva a extraer y analizar los detalles y comprobar los documentos mediante prolijas pesquisas archivísticas:

36. José Ignacio Tellechea, «Cartas a Miguel de Unamuno de Telesforo de Aránzadi, Resurrección María de Azkue, Justo Gárate y Angel Apraiz», p. 319.

37. José Ignacio Tellechea, *Ramón de Basterra. Cartas a Unamuno*, Bilbao, Caja de Ahorros Vizcaína, 1989.

38. José Ignacio Tellechea, *Ramón de Basterra. Cartas a Unamuno*, p. 11.

39. José Ignacio Tellechea, *Ramón de Basterra. Cartas a Unamuno*, p. 11.

40. Así se refería a sí mismo José Ignacio Tellechea en múltiples ocasiones; cf., *Ramón de Basterra. Cartas a Unamuno*, p. 12.

41. José Ignacio Tellechea, *Ramón de Basterra. Cartas a Unamuno*, p. 13.

Justamente esta alusión al difunto clérigo me ha servido de precioso hilo conductor para datar la carta. Tras hartas fatigas vengo a descubrir en el *Boletín Oficial* del Obispado de Vitoria XLIII (1907) 431 la noticia preciosa: «El 25 de octubre de 1907 falleció D. Pantaleón Esnarrizaga, residente en Begoña, con 82 años»⁴².

O, tras paciente revisión de las hemerotecas, precisar las circunstancias cronológicas, deducciones de crítica interna que hace explícitas –con innegable satisfacción intelectual– en sus introducciones:

Más atrás se da cuenta en la carta del paso de Lerroux por Bilbao, noticia que veo registrada en *El Pueblo Vasco* del 9 de enero. «Llegó ayer Lerroux», dice Basterra en su carta, con lo que ésta queda exactamente datada⁴³.

Tampoco oculta su legítimo placer al poder ir completando —a través del seguimiento epistolar– el perfil biográfico de los remitentes, como el de Ramón de Basterra—:

La personalidad de Basterra se va afianzando. Una carta del invierno de 2008 lo muestra con claridad, al tiempo que denuncia sus anteriores frivolidades o veleidades [...] No haría la carrera de Letras, seguiría otros derroteros, pero de seriedad. Eligió este camino⁴⁴.

Incluso, mediante el análisis de estos documentos, muchos de los cuales «dormían el sueño en el archivo de la Casa-Museo de Unamuno en Salamanca»⁴⁵, describe el avance en las relaciones interpersonales, a través de la variación del registro lingüístico y otras circunstancias pragmáticas:

Unamuno, el agitador de espíritus y alimentos de almas, vivificó el alma de Basterra, que le llama D. Miguel, mi maestro⁴⁶ [...]. Su espíritu tembló como «cuerda de lira». Descubrió un nuevo arte⁴⁷ [...]. «El tono de las cartas se va haciendo más familiar y natural, como en la del verano de 1907»⁴⁸.

En estas aproximaciones, no faltan apuntes etimológicos sobre voces con resonancias vascas. Así, con referencia a un artículo de Unamuno, titulado: «Abajo la coitadez», se detiene un momento ante este sustantivo:

En el *Diccionario vasco-castellano* del P. Plácido Múgica figura el término *koita*, equivalente al castellano *cuita*⁴⁹, ‘queja’, mas no aparece su derivado [*coitadez*],

42. José Ignacio Tellechea, *Ramón de Basterra. Cartas a Unamuno*, p. 19.

43. José Ignacio Tellechea, *Ramón de Basterra. Cartas a Unamuno*, p. 20.

44. José Ignacio Tellechea, *Ramón de Basterra. Cartas a Unamuno*, pp. 25-26.

45. José Ignacio Tellechea, *Ramón de Basterra. Cartas a Unamuno*, p. 12.

46. José Ignacio Tellechea, *Ramón de Basterra. Cartas a Unamuno*, p. 14.

47. José Ignacio Tellechea, *Ramón de Basterra. Cartas a Unamuno*, p. 16.

48. José Ignacio Tellechea, *Ramón de Basterra. Cartas a Unamuno*, p. 18.

49. Sobre la etimología de esta voz en castellano, cf. J. Corominas y J.A. Pascual, *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*, Madrid, Gredos, 1989-1991, s.v.

que muchas veces escuché de labios de mis tías de Zumárraga, *Kottarua* –con la te mojada-, término vasco para designar el mismo tipo vasco que designa *Coitao*. ¿Será un bilbainismo? En cualquier caso, se ha extendido a la lengua hablada vasca y sigue vigente hoy mismo⁵⁰.

Un caso especial lo constituye la correspondencia de Ramiro de Maeztu, nacido en Vitoria, en cuanto que, por un lado, su personalidad se aleja de los confines vascos, y por otro, en lo que se refiere a sus posiciones personales, estas desembocaron en franco distanciamiento con Unamuno, como afirma taxativamente Tellechea:

Puedo afirmar con absoluta seguridad que en 1934 Maeztu y Unamuno se *odiaban cordialmente* y no tenían empacho en manifestar sus sentimientos a algún común amigo que me ha confiado este secreto⁵¹.

Tellechea buceó en la comunicación epistolar de D. Miguel con los pintores vascos de su época:

Hurgando en mis horas salmantinas, en el archivo de la Casa-Museo Unamuno me fueron viniendo a las manos cartas de muchos de estos pintores, que atestiguaban la relación amistosa y admirativa que les unió a la persona de Unamuno [...]. En efecto, se acerca al medio centenar el conjunto de piezas de una docena de pintores que, reunidas, conforman un ramillete variado que expresa la devoción de los pintores a Unamuno⁵².

El primero que atrajo su interés fue Ignacio Zuloaga⁵³. No obstante, advierte que en su conjunto constituyen una «referencia obligada para entender mejor el arte y los artistas de aquel momento, apreciándose la simpatía y hasta el orgullo que sentía Unamuno por el resurgir pictórico que se dio entonces entre nosotros»⁵⁴, y reconoce que se trata de un fenómeno pictórico vasco y preferentemente bilbaino.

En su introducción general a esta recopilación, destaca Tellechea cómo Unamuno se confesaba insensible para la música, pero no así para la pintura, y cómo añoraba las visitas al Museo del Prado. Subraya, asimismo, su especial sensibilidad pictórica ante el paisaje, y específicamente el castellano, así como la corriente de simpatía mutua e irradiación desde el paisaje literario, que hace redescubrir Unamuno en los diferentes artistas.

Tellechea agrupó las cartas por autores, ordenados alfabéticamente, hasta conformar un «corpus epistolar en el que se perfila mejor la personalidad de cada uno y

50. José Ignacio Tellechea, *Ramón de Bastera. Cartas a Unamuno*, p. 20.

51. José Ignacio Tellechea, *El eco de Unamuno*, p. 344. La cursiva es del autor. Véase, asimismo, José Ignacio Tellechea, «Cartas de tres Maeztu a Miguel de Unamuno», *Cuadernos salmantinos de filosofía*, 17 (1990) (Ejemplar dedicado a: Homenaje al profesor Saturnino Álvarez Turienzo), pp.559-592.

52. José Ignacio Tellechea, *Los pintores vascos y Unamuno: cincuenta cartas*, Bilbao, Fundación Bilbao Bizkaia Kutxa, 1995, p. 11.

53. José Ignacio Tellechea, *Ignacio Zuloaga. Epistolario*, San Sebastián, Kutxa, 1989.

54. José Ignacio Tellechea, *Los pintores vascos y Unamuno: cincuenta cartas*, p. 11.

el grado de amistad con Unamuno»⁵⁵. En la glosa que antecede a las cartas, resalta el hecho de haber pintado algún retrato al rector salmantino. Así, desfilan Alberto y José Arrue, nacidos en Bilbao; Bernardino Bienabe Artía, nacido en Irún, autor de un retrato de Unamuno; Guido Caprotti, italiano atraído por la pintura de Zuloaga e hijo adoptivo de Ávila, que pintó un retrato de Unamuno en Hendaya; Paco Durrio, nacido en Bilbao; Juan de Echevarría, con una pintura afín a la de Zuloaga, autor también de un retrato de Unamuno en 1930 de pies y de cuerpo entero con cabeza de lechuza ardiente, y al que Unamuno le llamaba «mi pintor»; Antonio de Guezal, cartelista de Bilbao; Francisco Iturrino; Manuel Losada; Ascensio Martiarena, que pintó dos cabezas y un retrato de Unamuno; Darío de Regoyos, pintor de alma franciscana nacido en Ribadesella y afincado en el País Vasco⁵⁶; Jesús de Ugarte; Ramón de Zubiaurre e Ignacio Zuloaga, del que Unamuno llegó a afirmar que eran almas gemelas⁵⁷.

Subraya Tellechea que «el primer fagonazo unamuniano sobre Zuloaga» se publicó en *La Nación*, en 1908, cuando Unamuno ya rebasaba la cuarentena y era ya hombre célebre, y donde, a imitación de Ignacio de Loyola, le recomendaba no pisar Madrid y seguir paseando a España por Europa. Para Unamuno, Zuloaga es «el que resucita la antigua y castiza pintura española, como Baroja renueva la antigua castiza novela picaresca»⁵⁸, y recalca la condición vasca de Zuloaga y su natural y particular propensión para entender lo castellano. Esta defensa apasionada tocó las fibras más íntimas de Zuloaga, quien retrató a Unamuno junto a dos pajaritas.

En cuanto a pensadores y protagonistas de la cultura, seleccionamos por su importancia, conocimiento de la temática y circunstancias, el epistolario de Bataillon, Sáinz Rodríguez⁵⁹ —del que Tellechea puede considerarse discípulo y continuador de su legado—, y Américo Castro. Con respecto al hispanista francés⁶⁰, no disimula José Ignacio los sentimientos que le produce el contacto directo con su correspondencia:

Al tener en mis manos este puñado de cartas de M. Bataillon, con la bellísima caligrafía que se me haría familiar, idéntica, muchos años más tarde, me embarga alguna emoción al asisitir a las promesas, proyectos, afanes y emociones de quien medio siglo más tarde me honraría con su amistad. A ella, a su memoria, rindo el homenaje de esta publicación de cartas de los años 1921-1930⁶¹.

55. José Ignacio Tellechea, *Los pintores vascos y Unamuno: cincuenta cartas*, p. 11.

56. Anteriormente ya había aparecido: José Ignacio Tellechea, *Darío de Regoyos (Cartas a M. Losada, I. y D. Zuloaga, A. Guiard y M. de Unamuno)*, San Sebastián, Kutxa, 1994.

57. Sobre este pintor también había editado con anterioridad un conjunto de cartas: José Ignacio Tellechea, *Zuloaga y Unamuno: glosas a unas cartas inéditas*, Zumaia, Museo Ignacio Zuloaga, 1987.

58. José Ignacio Tellechea, *Los pintores vascos y Unamuno: cincuenta cartas*, p. 85.

59. José Ignacio Tellechea, «Unamuno y Sáinz Rodríguez: Epistolario», *Cuadernos de Investigación Histórica*, 16 (1995), pp. 101-141.

60. José Ignacio Tellechea, «Marcel Bataillon y Unamuno», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, 29 (1994), pp. 299-333.

61. José Ignacio Tellechea, «Marcel Bataillon y Unamuno», p. 299.

Se desvela ante nuestra mirada la fecundidad de las relaciones entre ilustres pensadores coetáneos: resulta paradigmática la conexión entre Baruzi —introducido ante el propio Unamuno por su amigo el P. Elizondo—, Bataillon y Unamuno, tres buceadores de la espiritualidad hispana del xvi y del xx. Se presenta ante nuestra vista intelectual el desarrollo —actividad *in fieri*— de ediciones de procesos inquisitoriales, tesis doctorales y obras de resonancia mundial, como las internacionalmente famosas relativas al erasmismo o a la experiencia mística de San Juan de la Cruz, que comparten cronológicamente atención e inquietudes de sus autores junto a traducciones de las obras de Unamuno, como la de *En torno al casticismo*, e invitaciones a reuniones de personalidades selectas, para las que no siempre encontraba el ánimo dispuesto el Rector de la Universidad salmantina.

En tanto que le era posible, intercalaba José Ignacio Tellechea en la correspondencia cartas dirigidas al otro destinatario, para, mediante este cruce, reflejar el intercambio de las ideas, la secuencia cronológica y la fluidez de las situaciones:

Por una vez disponemos de la contestación de Unamuno, recientemente editada por Laureano Robles, quien me autoriza a incluir esta preciosa pieza que nos permite seguir el rico diálogo Bataillon-Unamuno⁶².

Esto se pondrá paladinamente de relieve en el caso de Sáinz Rodríguez. En efecto, el objetivo de Tellechea era completar la correspondencia de Unamuno, ya editada por Sáinz Rodríguez, con la que este dirigió al Rector de Salamanca⁶³. A través de ella se pone de manifiesto el entusiasmo y admiración iniciales del joven catedrático por el vulnerable pensador vasco —dadas las circunstancias históricas de su «proscripción» en Francia—, la simpatía por algunos temas literarios —la mística española, por ejemplo⁶⁴—, la coincidencia en cuestiones ideológicas, así como su estrecha colaboración editorial y académica, al regreso de Unamuno a España⁶⁵.

Con relación a Américo Castro, bastante más joven que Unamuno, el motivo del inicio epistolar fue la indignada protesta del primero por un artículo de Unamuno

62. José Ignacio Tellechea, «Marcel Bataillon y Unamuno», p. 300.

63. «D. Pedro Sáinz Rodríguez publicó casi todas las cartas de Unamuno que él poseía, mas no así las que él dirigiera a Unamuno, que se conservan en el archivo unamuniano de la Casa Museo de Salamanca [...] Acoplar unas y otras cartas en rigurosa secuencia cronológica devuelve a una y otra parte de esta correspondencia su sentido pleno y nos ayuda a entender todo el trasfondo personal de dos figuras importantes en un período muy significativo de la historia contemporánea española, el de los años de la Dictadura (1924-30)» (José Ignacio Tellechea, «Unamuno y Sáinz Rodríguez: Epistolario», p. 101).

64. «Ese mismo año 1930 Sáinz hizo llegar a manos de Unamuno su *Introducción a la Historia de la Literatura Mística en España* (Madrid 1927), con la siguiente dedicatoria: A D. Miguel de Unamuno: Tu Duca, tu Signore, tu Maestro/ Con la amistad invariable y cordial de Pedro Sáinz/ Mayo 1930» (José Ignacio Tellechea, «Unamuno y Sáinz Rodríguez: Epistolario», p. 109).

65. Finaliza la presentación de Tellechea con las palabras elogiosas que dirigió Sáinz Rodríguez a Unamuno en un Homenaje celebrado en Lhardy, en 1930m y con la contestación de D. Miguel, aludiendo discretamente al distanciamiento que se produciría en los años posteriores.

titulado «Papeletas a la alemana», donde se satirizaba mordazmente la metodología filológica imperante en Europa, de origen neogramático, y que se cultivaba en el Centro de Estudios Históricos impulsado por Menéndez Pidal, introductor de método. Castro defiende apasionadamente el rigor de la investigación científica en el ámbito de la lingüística. A partir de ahí, los temas tratados en cartas posteriores suelen estar relacionados con asuntos profesionales o filológicos, para más adelante reflejar los graves acontecimientos políticos y las actuaciones de Castro y Unamuno, que provocaron el confinamiento del segundo en Canarias. A través de ellas se trasluce la ansiedad y angustia de Américo Castro ante la responsabilidad personal, a la vez que el dolor causado por la ausencia del Rector de la Universidad salmantina, hasta, finalmente, mostrar la ulterior reconciliación mutua.

Por lo que respecta a los poetas, Tellechea —aunque confesara «no poseer autoridad alguna»⁶⁶—, se sentía profundamente atraído por los de hondo sentir, no los pendientes de la estética formal. El conocimiento del archivo unamuniano salmantino y de la biblioteca del rector le permitieron descubrir y valorar «la gran cantidad de libros de poesía que alberga». La coherencia de su procedimiento le llevó a efectuar una investigación sistemática de los fondos de la biblioteca de la casa de Miguel de Unamuno:

La Biblioteca de Unamuno corresponde sólo parcialmente al campo de su docencia universitaria. Y a pesar de sus más de cinco mil volúmenes, no es una biblioteca sistemática o completa programada por su dueño y creada por él mismo, sino un conjunto de libros de variada temática, en buena parte fruto de obsequios de autores que acaso mendigaban una palabra pública de Unamuno en sus escritos⁶⁷.

El objetivo que se propuso fue establecer una especie de inventario de libros de poesía, siguiendo un orden alfabético por apellidos del autor, en el que figuran, indicando el año y la signatura de la Casa-Museo, desde adquisiciones del propio Rector salmantino a múltiples donaciones que incluyen interesantes dedicatorias, a las que Tellechea concede importante valor, porque, con independencia de la relación personal, este detalle «deja más que entrever el eco suscitado por Unamuno en los más diversos y distantes ambientes. El eco del hombre, del pensador, del ciudadano... y también del poeta»⁶⁸.

En ese «bosque de fichas bibliográficas», destacan probables adquisiciones de autores clásicos, por parte del propio Unamuno, como las de Shakespeare, Goethe, Novalis, Hölderlin, Petrarca, Tasso, Camoens o Silesius, algunas de las cuales delatan su formación filológica, como, por mencionar un caso ilustrativo, El *Cancionero* de Foulche-Delbosc. Sobresale un nutrido grupo de autores ingleses, Wordsworth, Keats, Blake o Yeats, junto a otros europeos, Verlaine o Vigny, y, por último, traducciones de obras de poetas españoles a otros idiomas, como las *Leyendas*.

66. José Ignacio Tellechea, *Unamuno y los poetas*, Salamanca, Universidad Pontificia, 1994, p. 10.

67. José Ignacio Tellechea, *Unamuno y los poetas*, p. 10.

68. José Ignacio Tellechea, *Unamuno y los poetas*, p. 11.

Entre los modernos, distingue Tellechea la producción de autores españoles, predominantes, entre los que destacan Salvador Rueda, Manuel y Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, León Felipe, Gabriel y Galán, Casona⁶⁹, etc. Asimismo, una sección llamativa es la constituida por los poetas catalanes: Montaner, Pere Corominas, Josep María Segarra, Verdaguer —con una honda dedicatoria en catalán—, etc. Son muy numerosos los autores americanos, entre los que sobresalen Rubén Darío⁷⁰, Amado Nervo, Rodó, etc. Los títulos de algunas de estas obras nos traen ecos de la literatura española, como el de Esther Cáceres: *Las ínsulas extrañas*⁷¹. También hallamos testimonios de poetas de Portugal, Italia, Francia, -Paul Valéry o Bélgica⁷². Un grupo particular está integrado por escritores rumanos, con la dedicatoria en francés.

En resumen, el objetivo del propio Tellechea con este «modesto y paciente trabajo de erudición» fue contribuir de alguna manera «a fijar la resonancia de Unamuno como hombre y como poeta, en la parcela del siglo xx en que le tocó vivir hasta su muerte»⁷³. De este conjunto extraerá algunos elementos parciales, de amplio y especialmente profundo relieve⁷⁴, como la correspondencia de Juan Ramón⁷⁵ —quien considera a Unamuno, junto a Rubén Darío, fundamento y base de la poesía contemporánea; el primero, en cuanto al arranque de «nuestra preocupación metafísica», y el segundo, en cuanto al de la «preocupación estilística»⁷⁶—, o la de Amado Nervo⁷⁷. Con relación a este último, aprovechó José Ignacio algunas estancias en México para encontrar la correspondencia de Unamuno —editada en la *Revista Moderna*— y ofrecer, así, el epistolario completo:

Tras largas fatigas puedo ofrecer la doble correspondencia, que ilumina una honda amistad personal y el mundo íntimo de dos poetas, ambos de gran profundidad espiritual y enlazados por mutua simpatía⁷⁸.

69. Alejandro Casona, *La flauta del sapo*. Poemas. Edición Privada. Val de Arán 1930.

70. Ruben Darío, *Cantos de vida y esperanza*, Madrid, 1905, donde figura la dedicatoria: «A Miguel de Unamuno, poeta, su amigo, Rubén Darío».

71. Santiago del Estero s.a. Referencia 5.504.

72. Francisco Castillo Nájera, *Un siglo de poesía belga. Historia. Notas críticas, biográficas y bibliográficas*. Bruxelles-Madrid 1931.

73. José Ignacio Tellechea, *Unamuno y los poetas*, p. 16.

74. José Ignacio Tellechea, «Poetas que escriben a Unamuno (Manuel y Francisco Machado, Villaespesa, Díez Canedo, Quesada, Gabriela Mistral, P. Salinas, J. Guillén, Juana Ibarbourou, Dámaso Alonso, Manuel Altoaguirre)», *Boletín de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País*, 56, 2, (2000), pp. 633-695.

75. José Ignacio Tellechea, «Cartas de Juan Ramón Jiménez a Miguel de Unamuno», *Cuadernos para la investigación de la literatura española*, 17 (1993), pp. 333-346.

76. José Ignacio Tellechea, «Juan Ramón Jiménez», *El eco de Unamuno*, p. 20

77. José Ignacio Tellechea (ed.), *Desde nuestras sendas soledades. Amado Nervo y Unamuno*, Salamanca, Universidad Pontificia, 2000.

78. José Ignacio Tellechea (ed.), *Desde nuestras sendas soledades. Amado Nervo y Unamuno*, p. 11. Algo más adelante, insiste: «Harto trabajo de costó tener ante mis ojos la colección de la citada *Revista*

La hondura del sentimiento espiritual, la atracción por la mística, la familiaridad con la Biblia⁷⁹, la dialéctica-modernismo/ poesía de profundo calado, la cuestión de la lengua vasca, las relaciones España-América, serán algunos de los temas sobre los cuales intercambiarán reflexiones desde sus mutuas y «sendas soledades».

A lo largo de estas apretadas —y, sin embargo, forzosamente incompletas— páginas, es posible comprobar e intuir hasta qué punto y con qué extremado rigor fue José Ignacio Tellechea fiel a su lema personal:

La muerte ha iluminado mi vida. Porque, tenemos obligación de vivir, y de que nuestra vida sea fecunda⁸⁰.

En esta primavera de 2008, presentada sólo por José Ignacio, en que su sensibilidad vasca habría vibrado con el abigarrado cromatismo de las cunetas de las carreteras castellanas, cuajadas de flores —como alguna vez me comentó personalmente haberle sucedido—, se le pueden aplicar las conmovidas palabras que Unamuno dedicó a Amado Nervo, inspiradas, sin duda, por la sutil delgadez del «silbo de los aires amorosos» de San Juan de la Cruz:

Y Dios le habló en voz baja, como al profeta Elías; no con voz de huracán ni de temblor de tierra, ni de fuego, sino de un suave susurro de la brisa, *sibilus aurae tenuis* (2 Reyes, 19,12) y le ha llamado a su seno para oírle más de cerca, al oído del corazón⁸¹.

Salamanca, mayo de 2008

Moderna en la UNAM de México y verificar la presencia de Unamuno en la misma en múltiples ocasiones» (Ibidem, p. 12).

79.-La última vez que estuve con amado Nervo —teníamos a la vista el paisaje de la Casa de Campo, un cielo de Velázquez— apenas hablamos más que de la muerte. Era su obsesión. Por ella le hablaba Dios. (E. Mejía Sánchez, «Tributo de la España Intelectual a la gloria del Poeta Amado Nervo». Apud, J. I. Tellechea, (ed.), *Desde nuestras sendas soledades. Amado Nervo y Unamuno*, p. 25).

80. José Ignacio Tellechea, *Tapices de la memoria*, p. 525.

81. E. Mejía Sánchez, «Tributo de la España Intelectual a la gloria del Poeta Amado Nervo». (Apud, J. I. Tellechea, (ed.), *Desde nuestras sendas soledades. Amado Nervo y Unamuno*, pp. 25-26).

